

21 noviembre 1915

O.C. tomo X



IR

### UNA ENTREVISTA CON AUGUSTO PEREZ

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1915.

Mis lectores están acostumbrados ya a mis libertades y a mi personalismo, hijo de mi personalidad. Por eso son mis lectores y no los de otro. Además mis lectores saben que al defender yo y exaltar tan porfiadamente mi personalidad es que defendiendo y exalto toda personalidad, la de cada uno de los que me leen, de mis lectores, y la de los que no me leen. Todos nosotros somos yo, cada uno de vosotros los que me leéis sois un yo, y así el egotismo es la posición más altruista y más universal. Y yo no defendiendo y predico un yo puro, como el de Fichte, el apóstol del germanismo, un yo que no sea más que yo, sino que defendiendo y predico el yo impuro, el que es todos los demás a la vez que él mismo. Porque yo pretendo, oh mis lectores, ser yo y ser vosotros y ser algo y en algún momento cada uno de vosotros. Como que si yo no fuese a la vez que yo, Miguel de Unamuno, cada uno de vosotros los que me leéis no me leeríais. Si yo no os dijese algo que sin vosotros saberlo esté escrito en el fondo de vuestras almas, no me leeríais. Pues tengo la pretensión de dar forma a informes y oscuros pensamientos vuestros. Y si alguna vez os irritáis contra algo de lo que os diga u os revolvéis contra ello es que acerté con algo que estaba muy oculto en los recovecos y repliegues de vuestro pensamiento y os molesta que estuviere allí.

¿A qué vendrá todo este proemio?—

se preguntará alguno de mis lectores. Y yo le digo: ¿y si todo este mi ensayo de hoy no fuese él más que proemio? ¿Por qué no ha de hacer uno una obra que toda ella sea prólogo o prefacio? ¿O es que en rigor las más de las obras escritas son más que prólogos? Los libros mejores no son sino prólogos. Prólogos de un libro que no se ha de escribir jamás, afortunadamente.

Yo no sé si conoces ya, lector mío, una novela o «nivola» que publiqué hace unos meses y se titula: «Niebla». ¡Bah!—dirás—esto no es más que una manera de anunciármela y recomendarla. Y yo, que antes quiero pasar por cínico que por hipócrita, y que aborrezco los fingimientos, te diré que sí, que, en efecto, en vista de que los críticos profesionales, los puros críticos, no dicen, ni en bien ni en mal, nada de ella, me ha parecido conveniente comentarla yo mismo. ¿Por qué no?

Esa novela o nivola—esto de nivola se explica en ella misma—no es tampoco más que un prólogo. Prólogo de una obra que, a Dios gracias, no escribiré nunca.

La cosa fué que un día surgió dentro de mí un pobre ente de ficción, un puro personaje de novela, un ~~hombre~~ múnulo, que pedía vida. El pobrecito quería ser, quería existir. Y yo no sabía bien cómo satisfacer sus ansias. Me acordaba de aquello de Schopenhauer de que es un hombre posible, un hombre futuro, el que hace que dos amantes se entreguen uno a otro. Es el genio de la especie el que produce el amor, y así también es el genio de la ficción el que nos mueve a escribir. Fué Don Quijote el que movió la pluma de Cervantes. Y fué mi nabra ho-

/hom

múnulo, mi Augusto Pérez—así lo cristiané o bauticé—el que rebulló en las entrañas de mi mente pidiéndome existencia de ficción. Y se empeñó una lucha.

Allí, en mi novela, cuento cómo el pobre y puro personaje se enteró al cabo de que no era más que un ente de ficción, una invención de mi fantasía, y el sentimiento trágico que con ello se le despertó y toda la tragedia que de ello se siguió. Y cuando él lloraba me daba ganas de llorar, y yo, para que no me vieran llorando, me reía de él y hasta me reía de mí mismo y de mi risa.

A aquel mi pobre Augusto Pérez cuando decía que lo más liberador del arte es que le hace a uno olvidar de que exista y que hay quien se hunde en la lectura de novelas para distraerse de sí mismo, para olvidar sus penas, le contestaba su amigo Víctor Goti—que es el prologuista de mi «Niebla»—que lo más liberador del arte es que le hace a uno dudar de que exista. Y pienso que tenía razón. Y que el hombre que nunca haya dudado de su propia existencia substancial, de que sea algo más que una ficción, una sombra, un sueño, o el sueño de una sombra, que dijo Píndaro, no está liberado. Y el pobre Augusto Pérez acaso tenía razón de sobra al exclamar, cuando le participé mi decisión de hacerle morir, que todos los que leyeron su historia no son más que entes ficticios también. Porque es cosa terrible un hombre muy convencido de su propia realidad de bulto.

Pues bien, este mi Augusto Pérez se me ha vuelto a aparecer en sueños. Y al decir que se me ha aparecido en

sueños, como el ángel del Señor a José (Mateo, I, 20), quiero decir que he soñado que se me aparecía. Y me ha dicho esta vez, tuteándome:

«Ya me tienes otra vez aquí. Vengo en tu ayuda. Sé que después de tu viaje a tu tierra nativa, has vuelto de ella con una especie de esterilidad mental y que no se te ocurre cosa alguna. Y sé también que estás de tal modo obsesionado por eso de la guerra, que apenas piensas sino en ella, y que casi todo cuanto escribes se te convierte en comentario de la guerra.

—¿Y qué tal te va en el otro mundo?—le pregunté.

—¿Es el otro?—me contestó.—¿Y cuál es el otro? ¿Cuál el no otro? ¿Cuál éste? ¿A qué llamamos el otro mundo? ¿Es que creéis que hay más que uno?...

—El de después de la tumba—le dije.

—Es el mismo que el de antes de la cuna—añadió.

—Pero dejémonos de filosofías. Vengo a verte para decirte cómo se multiplican en esta vuestra tierra los entes de ficción, los personajes nebulosos y «nivolescos». Parece que los más andáis fuera de la realidad...

—¿Y cuál es la realidad?—me atreví a preguntarle.

—Tienes razón—me contestó.—Cualquiera sabe cuál es la realidad y cuál la idealidad! Y más ahora en que son tantos los que han dado en repetir que hay que dejarse de sentimentalismo y atender a los intereses, sean individuales, sean colectivos, ya de un hombre, ya de un pueblo o nación. Porque, créeme que el sentimiento es guía mucho más seguro que eso que se llama



el interés. Un hombre sabe mucho mejor lo que siente, lo que ama o lo que aborrece, que no lo que le conviene. Ahora andan los más de los pueblos europeos en sangrienta contienda; y hay quien se empeña en creer que les ha llevado a ello la consideración de sus intereses. Pero yo te digo que no conocen sus intereses, sino que sienten sus pasiones. Y hasta cuando creen obedecer al interés obedecen a la pasión...

—¡Afortunadamente!—me atreví a insinuar.

—¡Y qué duda cabe de que afortunadamente! se equivoca siempre mucho más el que cree no dejarse guiar más que de su interés. ¿Quién sabe lo que le interesa? En cambio, cualquiera sabe lo que odia o lo que ama. Pero aquí, en tu patria, porque nosotros, los entes de ficción, no sé si tenemos patria...

—Sí, una patria de ficción—le interrumpí.

—Todas lo son. Pues bien, aquí, en tu patria, han dado en decir unos cuantos neutrales o más bien neutros, que no hay que dejarse llevar de simpatías ni antipatías, sino atender al interés de la patria. Como si ellos, ni nadie, lo conociese! ¡Como si hubiese más alto interés que la simpatía o la antipatía! ¡Como si la simpatía y la antipatía no fuesen la flor suprema del interés y su más hondo exponente! Y tan es así que los que principalmente apoyan ese punto de vista y hablan del interés a todas horas son los que más se mueven por pasiones, y malas pasiones, que son los puros tontos o tontos positivos y agresivos...

—¿Y qué es eso?—le pregunté.

—Tú que te dedicaste algún tiempo al estudio de la filosofía tedesca debes saber lo que es eso de la pureza—«Reinheit», ¿no se dice así?—que tomaron de Platón. Hay las ideas puras, la ciencia pura, la razón pura, el conocimiento puro... Y hay también los tontos puros, puros tontos o malos tontos, los tontos que no son más que tontos, sin mezcla de otra cosa alguna que no sea tontería. La esencia del puro tonto es que no tiene la menor sospecha de su tontería, se cree de buena fe listo, y cuanto mayor sea la tontería que repite—porque las tonterías no se dicen sino que se repiten—cree enunciar una sentencia más profunda. Por eso el puro tonto es tonto positivo y agresivo u ofensivo, al revés del tonto impuro, que no pasa de negativo y defensivo.

—¿Y estos otros tontos?—le pregunté.

«Pues verás. En esta patria, como en todas las del mundo, ha habido, hay y habrá tontos, pero hasta ahora creíamos que esos tontos eran en su inmensa mayoría tontos impuros, negativos y defensivos, tontos que saben que lo son y que se hacen los listos para defenderse...

¿Pero hay tonto que sepa que lo es?—le interrumpí.

—¡Pues claro está! Hay muchos, muchísimos tontos, que saben que los demás lo tienen por tales y que aun ellos, a solas consigo mismos, ante el espejo de su propia conciencia, se reconocen tales. No es tan cierto eso de que nadie se conoce. Yo creo más bien que el hombre, en el foro interno de su conciencia, propende a estimarse en menos que vale. Lo que ocurre es que

ante los demás lo oculta y si se siente tonto finge creerse listo para ver si engaña a alguien. Y a la vez por si convenciendo a los demás de que no es tonto acaba por convencerse a sí mismo de que no lo es. Porque el hombre cree en sí mismo a la medida en que los demás creen en él. ¡Haciendo hablar de un saurio a quien los zoólogos han puesto por mote «Moloch horridus»?

—Sí—le dije—es un animalito inofensivo que toma, por mimetismo, la apariencia de otro que es dañino, y encrespa la gola y adopta un aire de ferocidad cuando se ve atacado y trata de amedrentar con su miedo.

—«Exacto. Pues bien, el tonto negativo o defensivo es así. Cuando se le ocurre una tontería, y él sabe que lo es, cuando va a repetir uno de esos lugares comunes del puro sentido común, espejo de ramplonería, lo anuncia solemne y enfáticamente, como quien dice un profundo aforismo o descubre un luminoso principio de sentido propio, pero es por sí alguno, tan tonto como él, por supuesto, cae en el lazo. «¿Me creéis tonto? Pues yo para defenderme fingiré crearme listo, o más bien hombre de buen sentido.» Y hace muy bien. Tal es el tonto defensivo o negativo.

«Pero hete aquí que empiezan a aparecer en esta tu tierra tontos positivos y ofensivos, puros tontos, tontos que no sólo fingen creerse avisados sino que se creen tales. Y es, no le quepa duda, que eso de la ofensiva se ha puesto de moda.

«He visto que desde bastante antes de estallar la guerra, y cuando nadie

hablaba aquí de Treitschke, tú solías citarle alguna vez...

—En efecto—le contesté.—No esperé a que viniese la guerra para ponerme a leer a Treitschke como no esperé a ello para advertir a mis compatriotas de los peligros que para nosotros entraña la «Kultur» con «sa K» de cuatro picos. A principios de 1913 empecé a dar la voz de alerta.

«Pues bien, habrás leído en la «Politik» del dicho Treitschke lo que de los tontos dice. Y él debía de conocerlos. En un pasaje del capítulo 50. del primer libro dice que se tiene la impresión de que los límites de la tontería humana se han ensanchado mucho en el siglo XIX, y en otro pasaje, del capítulo 60., que el siglo XIX ha mostrado una extensísima estupidez—«Stupi ditaet», es su palabra—entre los doctos. Y añade: «Jamás han llegado a ser los hombres tan tontos como hoy en día». Y otra vez habla de los partidos de la tontería.—«Parteien der Dummheit» ¡Esto de los partidos de la tontería es admirable! ¡Y luego habrá quien diga que estos prussianos carecen del sentido psicológico! Cierto es que Wundt, con toda su psicología experimental o fisiológica—¡pura psicología!—no ha descubierto lo del partido de la tontería, pero lo descubrió Treitschke, que fué tan tedesco como puede serlo Wundt. ¡Te digo que eso del partido de la tontería es un hallazgo!

—¿Y qué?—le dije—¿es que se ha formado o empieza a formarse aquí?

«Algo de eso hay. Empieza a cobrar conciencia de sí. Todos los pobres entes de ficción que no sospechan que sean tales, todos los que jamás han dudado no ya de su propia existencia, mas ni siquiera de su propia importancia, todos los puros tontos, o tontos positivos y ofensivos, se están agrupando bajo la bandera de la tontería, a la que llaman sentido común. Y el santo y seña de esa tontería es ahora este: ¡el interés nacional ante todo! Y como no conocen el tal interés, lo que llaman así no es sino una forma

It

10





de la mala pasión de la tontería.

—Que es la envidia—terminé yo.

—«En efecto. Lo que al puro tonto le molesta es la personalidad ajena y todo lo subjetivo. ¡Claro! Como que él no pasa de ser un objeto, y un objeto muy apto para ser clasificado y encajillado y organizado con otros. El séame hoy de esas gentes es la mágica palabra: ¡organización!

—¿Y qué van a hacer los pobres?—le pregunté.

—«¿Qué? ¡Suicidarse!

—¡Suicidarse!—exclamé yo recordando aquello de que no le había dejado suicidarse a Augusto Pérez, haciéndole en cambio que muriera por mi albedrío de autor.

—«¡Sí, suicidarse! Pero no como yo quise suicidarme y tú no me dejaste. Deben suicidarse con sus esfuerzos desesperados por salir de tonto. La obligación moral del tonto, en cuanto hombre, es la de salir de serlo, o sea, la de convertir los principios de sentido común en conclusiones de sentido propio, la de repensar por su cuenta los lugares comunes, con lo cual dejan de ser comunes, la de someter a crítica las vulgaridades. Y como en cuanto se esfuerza en ello no puede con la carga y acaba, no ya con su tontería, sino con su inteligencia y con su vida misma, se suicida. Le pasa lo que a la rana aquella de la fábula que quiso ser buey y reventó. Deben reventar así.

«No hace mucho que trajeron por acá, por este mundo de las ficciones de ultratumba, un libro de Papini, titulado «Maschillità». Ya sabes que yo, como hijo fantástico o imaginativo, tuyo, tengo una gran afición a los paradojistas todos, es decir, a los cultivadores del sentido propio. Y Papini me atrae y me entretiene. Y en ese libro suyo leí esto: «En serio, me da mucha pena que haya tan pocos hombres que se esfuerzan en ser genios». Me pareció muy bien. Todo hombre debe aspirar a la genialidad...

—Pues lo que es tú...—me atreví a insinuar.

—«Eso creerás tú, que te figuras haberme creado a modo de ente de ficción. Pero así como has sostenido muchas veces que Don Quijote se impuso a Cervantes y que éste no acabó nunca de entenderlo del todo, o por lo menos a Sancho, así sostengo yo, Augusto Pérez, que tú, Miguel de Unamuno, que crees haberme creado no me conoces bien...

—¿Y tú, te conoces a ti mismo?—le interrumpí.

—«¡Hombre, no! Pero no soy tan puro tonto que pretenda conocerme. Y aunque te parezca otra cosa también yo, en aquella precaria existencia ficticia que me prestaste, aspiré a la genialidad y me esforcé, a mi modo, por llegar a genio. Como que por eso fué precisamente mi muerte. Tuviste que matarme porque no encontrabas otro medio de darme genialidad. Creaste en vez de un hombre un homúnculo y mi aspiración a la hombría, a la humanidad, fué el morirme. Me afirmé muriendo. Y así es como debían afirmarse los tontos esos. En vez de tratar de oprimir la personalidad ajena, debían esforzarse en exaltar la propia hasta el punto de que reviente. Todo se les vuelve despotricar contra la anarquía latina, pero darse a sí mismos. El que sabe organizarse a sí mismo no clama por esa organización disciplinaria impuesta desde fuera. Los que creemos en los milagros del azar y de la improvisación aborrecemos esa mecánica organización externa. Y yo ya sabes que siempre me confíe al azar...

—Sí, quise hacerte un hijo del azar—le dije.—Como que cuando te engendraba fantásticamente estaba preocupado por la filosofía del azar y leyendo a Cournot.

«¡Déjate de lecturas! Y cree en el azar, que es creer en la Providencia, pues el azar y la Providencia son una misma cosa. El azar es providente o la Providencia es azarosa. ¡Y cree en la improvisación! Y si un puro tonto que ha estado preparando durante cuarenta años el darte un día un atraco y se ha ejercitado y ensayado para él, cree que no eres capaz de improvisar tu defensa, riéte de él. Y en todo caso él habrá estado durante esos cuarenta años esclavo del propósito de su tontería y de la tontería misma, mientras que tú, el improvisador, habrás vivido. Porque aunque logre atracarte seguirá puro tonto...

—¡Pero se saldrá con la suya!—exclamé.

—«¿La suya? ¿Y cuál es la suya? ¿Qué es eso de la suya? ¡Ay, y qué poca fe tienes en ti mismo! ¡Si yo, a quien tú crees un ente de ficción, un engendro de tu fantasía humorística, pudiese darte tanta fe en ti mismo como la que yo en mí mismo tengo! ¡Y qué daño te han hecho esas filosofías de la pureza y del idealismo en las que te engolfaste en un tiempo! ¡Y cómo crees, desgraciado, en las victorias metafísicas!

—¿Qué es eso de las victorias metafísicas?—le pregunté.

—«¡Ah!, ¿pero no lo sabes?... Pues, mira, el «Berliner Tageblatt» decía no hace mucho: «La victoria alemana no es cuestión de casualidad; es una necesidad metafísica. Si los hechos que rigen la historia de los pueblos dependen verdaderamente de una voluntad superior capaz de discernimiento podemos y debemos creer que la Providencia nos ha reservado para grandes trabajos.» Precioso texto que es menester saber interpretar. Porque aquí se dice que Alemania le ha reservado a la Providencia un gran papel, ya que la Providencia parece que se ha puesto a aprender filosofía kantiana, y por otra parte, eso de que la victoria alemana es una necesidad metafísica no quiere decir sino que es una necesidad alemana la victoria metafísica. Y la victoria metafísica consiste en creer haber vencido.

—¿Y no es acaso verdad aquello que se atribuye a no sé qué general de que el vencer no es sino creer haber vencido?—le dije.

—«Sí, ésa es una tontería general. Más bien consiste muchas veces la victoria en creerse vencido. Sólo el tonto se cree invencible. Recuerda lo que aquí, en ésta tu tierra, pasaba en las guerras civiles con aquellos pobres diábolos que empezaron por declararse invencibles, pues contra la fe, decían, no puede nada y luego, al verse vencidos, o exclamaban: ¡iraición! o sostenían haber quedado moralmente vencedores. «Si no hubiera sido por...» decían. Y así es siempre. Si no hubiera sido por hache jota en vez de parar en ele habría parado en zeta. Y prepárate a oír a los puros tontos razonamientos de esta calaña. Ni olvides que los tontos no son ya legión sino que son partido.»

Y una vez más Augusto Pérez se me desvaneció en la nube negra. Y al volver del sueño me dije: ¿Quién pone orden y lógica y coherencia, es decir, organización, en esto?

MIGUEL DE UNAMUNO.

